

**DOS BUENOS CAMARADAS** por WILLIAM RUSSELL



**BIBLIOTECA TREBOL**

**N.º 65**

Publicación semanal **PRECIO: 25 CÉNTS.**



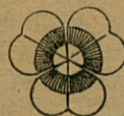
BIBLIOTECA TRÉBOL

## Dos buenos camaradas

Versión literaria de esta película,  
interpretada por el genial artista

**WILLIAM RUSSELL**, MARY CARR, HAYDEN  
STEVENSON, MICKIE BENNETT, JUKANNE JOHNSTON,  
por MANUEL NIETO GALÁN

EXCLUSIVAS DIANA  
Consejo de Ciento, 292



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PARÍS, 204 - BARCELONA

## DOS BUENOS CAMARADAS

### I

En uno de los barrios apartados de la ciudad de Nueva York, una pequeña «troupe» de chiquillos habían convertido uno de los muchos solares que allí había en un verdadero campo de boxeo, donde Juanito Williams, sobrino del famoso boxeador Dan Williams, más travieso que el mismo diablo y más listo que una ardilla, entrenaba a varios de sus amigos en el difícil arte del puñetazo.

Aquella mañana hallábanse en el ring, que los pequeños habían construido con varios trozos de cuerda, toda la chiquillería del barrio para presenciar el combate de dos de sus compañeros que aspiraban al título de campeones.

Juanito, momentos antes de empezar la lucha, les daba las últimas instrucciones, diciéndoles :

— A ver si hacéis un buen juego, para que después no os llamen boxeadores de camama.

Hay que optar al campeonato. Sobre todo jugar limpio. Nada de fulleras ni zancadillas.

Empezó el combate, y cuando éste era más enconado, acertó a pasar por allí la encantadora Elena, una muchacha de diez y ocho años, más hermosa que una flor en el mes de mayo. Era hija del juez Truscot, un probo funcionario que profesaba la teoría de que las jóvenes deben, antes de tomar estado, estudiar prácticamente en todas las esferas sociales, y ésta era la razón por la que Elena se encontraba a aquella hora en tales barrios.

La acompañaba miss Agata Briggs, que hubiera sido una cariñosa y excelente madre, si la suerte le hubiese deparado un hombre generoso y abnegado, con valor suficiente para conducirla hasta las gradas del altar, pero que a falta de él se había convertido en una «carabina» insoportable.

Al ver a los pequeños pegarse de aquella manera se metió a separarlos, y Juanito exclamó indignado de que una desconocida se metiera en el ring :

— Oiga usted, vieja antipática. Esta es mi escuela de boxeo, y aquí no necesitamos lechuzas ; con que levante el vuelo y márchese al campanario.

— Desvergonzado — exclamó la vieja «carabina» escandalizada por la precocidad del muchacho. — Eres un insolente y lograré que te impongan un castigo ejemplar en la escuela.



*Al ver a los pequeños pegarse de aquella manera se metió a separarlos*

Entonces se acercó Elena y a su presencia el chiquillo depuso su actitud arisca y contestó cuando aquélla le preguntó por su padre :

— Mi papá está en el gimnasio. ¿No sabe usted que está acabando de entrenar a mi tío Dan para optar al campeonato?

— ¿Quieres llevarme a donde está tu papá?

El chiquillo se la quedó mirando asombrado, y luego, acercándose a uno de sus amigos, le dijo :

— ¿Querrá esta individua adiestrarse también en el boxeo?

\* \* \*

En el gimnasio de Williams, Dan Williams, boxeador de profesión, que aspiraba a ganar el título de campeón de boxeo en el próximo concurso, se entrenaba con su hermano Jim, que a la vez hacía de empresario del futuro campeón.

En aquel momento entró Elena con el muchacho y Jim al verla se adelantó hacia ella y le preguntó :

— Usted perdone, señora, pero, ¿quién le ha dado autorización para penetrar aquí?

— Es que este mozalbete ha hecho novillos.

Se adelantó hacia él el padre con ánimos de darle una buena zorra ; pero Dan, que sentía por su sobrino un cariño entrañable, se interpuso y le dijo :

— Vaya. Déjame a mí el chico. Yo me encargo de educarle.

Y, cogiéndole en brazos, le regañó diciéndole :

— Camarada, el hacer novillos es un juego sucio y feo, y ambos hemos acordado el jugar siempre muy limpio. ¿No es eso lo convenido?

— Entonces, ¿usted entiende que el hacer novillos equivale a perder deliberadamente un match?

— Indudablemente — respondió su tío.

— Pues si es así, camarada, yo prometo, formalmente, no faltar más a la escuela.

Ante aquella promesa, se volvió Dan hacia Elena y le dijo :

— Puede usted marcharse tranquila, señora, que mi pequeño camarada no volverá a ocasionarle ningún disgusto. Yo salgo fiador de él.

— Y pensar que esta pobre criatura va a ser educada por un... boxeador — se lamentó la muchacha.

— Boxeador es mi oficio, en efecto, y no me avergüenzo de ello — exclamó Dan, fijándose en la belleza de la joven, que terminó diciendo :

— Pues debería usted avergonzarse.

Para Elena un boxeador era un hombre sin corazón alguno, puesto que se dedicaba a pegar, sin motivo, a un semejante, y convencida de ello se alejó de Williams, aunque no por eso dejó de reconocer que la simpatía de aquel hombre y la nobleza que reflejaba su semblante no compaginaban bien con su profesión.



## II

Del honrado hogar de Dan había huído la dicha desde algunos años. Su pobre madre, impedida desde mucho tiempo atrás, permanecía postrada en un sillón sin más alegría que el cariño de sus hijos y la verdadera idolatría que sentía por su nieto Juanito.

Siempre que su hijo debía tomar parte en un match, no cesaba de recomendarle :

— Dan, ándate con cuidado, porque los envidiosos de tu gloria recurrirán a toda suerte de artimañas para arrebatarte el triunfo, como en otras ocasiones.

Días antes del combate, en el que Dan tenía que disputarse el título de campeón, su madre había empeorado un poco y Williams quiso saber a ciencia cierta qué es lo que tenía.

La hizo reconocer por un famoso doctor, quien le dijo después de un minucioso examen :

— Es absolutamente indispensable que su madre de usted pase, por lo menos un año, en un clima más templado. ¡Le va en ello la vida!

Aquellas palabras del médico le hicieron comprender a Dan que el vencer en el pró-

ximo combate no significaba tan sólo el orgullo de llegar a ser campeón, sino que, además, era la salud, tal vez la vida de su madre, y cuando llegó su hermano le dijo :

— Tenemos que ganar mucho dinero para mandar a mamá a un clima más templado y rodearla de comodidades ; porque, de lo contrario, nos quedamos sin ella. ¡ Acaba de decírmelo el doctor!

Mientras tanto, Juanito jugaba con su abuela, y dándosela de hombre, le decía para animarla :

— ¡Vamos, abuela! Levántese de un salto y venga a ver cómo boxeo. Entre el tío Dan y yo nos vamos a ganar el campeonato.

Los torneos importantes van siempre precedidos, por regla general, de otro torneo de intrigas y asechanzas.

El menager de Bill Hogan, el atleta que había de luchar con Dan Williams, en la prueba eliminatoria para optar al campeonato, no las tenía todas consigo respecto al triunfo de su protegido, y para asegurarlo llamó al antiguo menager de Williams y le dijo :

— ¿Continúa usted con Dan?

— Precisamense hace días que he terminado con Williams y puedo hacer a usted una proposición verdaderamente tentadora.

El infame, olvidando los favores que en otro tiempo le hizo su antiguo dueño, explicó el plan que había concebido, y terminó diciendo :

— ... con esto que acabo de decirles, sin necesidad de recurrir a otros procedimientos reprobables, venceremos de fijo.

Y mientras sus enemigos conspiraban contra él, el noble Dan se entrenaba con ánimo sereno para la lucha.

Llevaba ya bastante tiempo entrenándose, cuando su hermano le dijo :

— ¡Basta! Ya es demasiado y puedes cansarte más de lo debido.

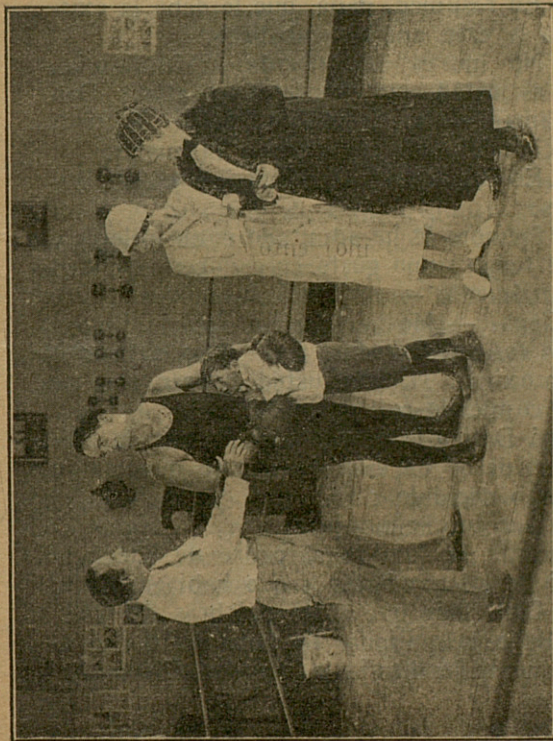
Abandonó Dan momentos después el gimnasio, y salió a la calle para dirigirse a su casa ; pero, casualmente, en aquel momento vió venir desbocado a un caballo, y sin preocuparse del riesgo que corría de ser pisoteado por el cuadrúpedo, se abalanzó sobre el animal, y con sus fuerzas hercúleas logró detenerlo. En el interior del coche que arrastraba el noble bruto iba desmayada Elena, que gracias a los cuidados de Dan no tardó en recobrar el conocimiento.

— ¿Se encuentra usted mejor? — le preguntó el boxeador a la joven.

Le miró ésta fijamente y no pudo disimular la alegría que experimentaba al saberse salvada por aquél, y exclamó :

— Muchas gracias. Ya pasó todo. ¿Sería usted tan amable que quisiera conducirme a mi casa?

— Con mucho gusto — contestó Dan. Y poco después, al llegar a su casa, la muchacha le refirió a su padre todo lo que le había ocu-



Vaya. Déjame a mí el chico

rrido y la feliz intervención de su acompañante, diciéndole al final :

— En resumen, papá, que le debo la existencia a este amable caballero.

— No me es desconocida su fisonomía.. ¿No es usted, por ventura, el atleta Dan Williams? — le preguntó el señor Truscot, estrechándole afectuosamente la mano.

— En efecto, soy el mismo — repuso Williams.

— Siempre le he admirado como atleta, y ahora tengo sumo gusto en conocerle a usted personalmente — continuó diciendo el padre de Elena. — Me agradaría cambiar impresiones con usted acerca de la gran lucha que se aproxima. ¿Quiere usted honrar nuestra mesa comiendo con nosotros?

Miró Dan a la joven y en su mirada adivinó el deseo de ésta de que se quedara, y contestó decidido :

— Acepto, señor juez.

Durante la comida el padre de Elena le habló de los combates a que había asistido; pero Dan, más que a las palabras del juez, atendía a las miradas incendiarias que continuamente le dirigía la preciosa Elena.



Llegó, por fin, la víspera del magno pugilato, y el hermano de Dan preguntó por él sin poderlo encontrar por ningún lado. Finalmente, Juanito exclamó :

— El tío Dan está enfermo del corazón. Aquella señorita, a quien salvó la vida, miróle de tal modo, que le hizo palidecer, vacilar y estremecerse.

Verdaderamente, Dan, el atleta, que había precisado tres meses de rudísimo ejercicio para prepararse a la gran lucha, habíanle bastado tres minutos para enamorarse como un colegial, y en aquel momento se hallaba al lado de Elena diciéndole :

— Elena, tengo que hacerle una pregunta escabrosa.

Adivinó la joven, por lo que pasaba en su corazón, lo que Dan iba a preguntarle, y respondió :

— Adivino, desde luego, lo que usted quiere decirme ; pero le suplico que lo aplace para después de la lucha.

Mientras tanto, Juanito que se encontraba aquel día verdaderamente preocupado con

el combate de su tío, le dijo a sus compañeros que le esperaban en la calle :

— Hoy, amigos míos, apañarse como Dios os dé a entender con ese canalla de Lawson, el antiguo menager de mi tío, porque me temo que trate de hacer una de las suyas.

Sin detenerse un instante marchó a situarse frente a la casa del contrincante de su tío, y momentos después vió salir a aquél acompañado de Lawson y subir a un auto para dirigirse a su campo de entrenamiento.

Astuto como una ardilla, se aposentó Juanito en la trasera del coche, decidido a enterarse de lo que suponía que tramaban aquellos hombres para arrebatarse a su tío el título de campeón. Pero desgraciadamente para él, al llegar al campo fué descubierto por Lawson, que le reconoció en el acto y exclamó :

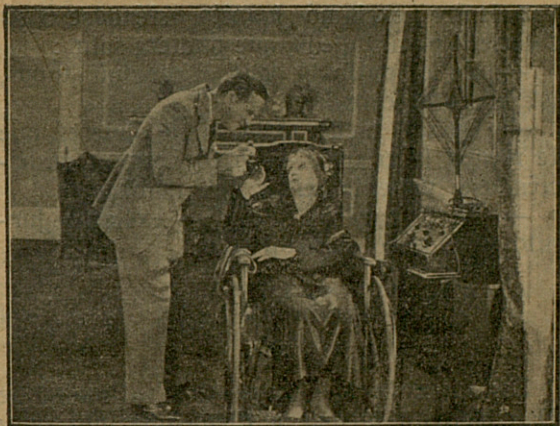
— ¡Es el sobrino de Williams y su inseparable compañero! Sin darse cuenta, ha venido a ayudarnos de un modo eficaz.

Juanito, que había oído hablar algo de lo que tramaban contra su tío, exclamó indignado :

— ¡Canallas! Lo sé todo. He oído vuestra conversación y sé que tratáis de derrotar a mi tío por medios inconfesables ; mas cuando yo se lo diga, os retorcerá el pescuezo.

Lawson no hizo caso de la amenaza del muchacho, y sujetándolo fuertemente, le dijo a los que estaban con él :

— Existen muchos medios para inutilizar



*Su pobre madre, impedida desde mucho tiempo atrás, permanecía postrada en un sillón*

a un luchador, y a mí me ocurre uno para aniquilar a Williams. Retengamos a este chico hasta después del combate. Su disgusto y ansiedad pondrán en un brete a Williams.

Al oír aquello, intentó Juanito deshacerse de los que le sujetaban, pero no consiguió otra cosa que recibir un fuerte empujón de uno de ellos que hizo exclamar a Lawson :

— No le trates con excesiva dureza, porque si le haces daño, tendremos que vérnosla con la policía.

Transportaron al chiquillo a una casita aislada que había en el mismo campo, y una

vez dentro, exclamó Juanito asiéndose a su carcelero para impedir que pudiera salir :

— ¡En el patíbulo vais a concluir todos, grandísimos canallas!

— ¡Quieto, bicho malo, si no quieres que te rompa la crisma! — gritó Lawson desahuciándose violentamente del muchacho.

— ¡Me la pagarás, judío! — exclamó Juanito cuando lo dejaron solo.

\* \* \*

Las dulces horas pasadas en la intimidad de Dan hicieron formar a Elena una idea muy distinta del atleta y de su arte. Se había convertido en una verdadera amiga del boxeador y visitaba con bastante frecuencia a su madre, que al ver entrar a Dan aquel día, exclamó alarmada :

— Por más que hemos buscado a Juanito, no lo hemos podido encontrar por ninguna parte. ¿Dónde estará ese muchacho?

— No se aflija usted, mamá, que no le habrá ocurrido nada malo... andará por ahí con sus amigos — respondió su hijo procurando tranquilizarla.

Salió a la puerta y llamó gritando a su sobrino, creyendo que, indudablemente, el chico se habría distraído con sus amigos; pero a sus voces acudieron éstos y le dijeron :

— Nosotros no le hemos visto. Precisa-

mente nos dijo que le esperásemos aquí a eso de las ocho.

— Pues entonces tal vez le haya ocurrido algún percance — exclamó Dan, vivamente alarmado por la desaparición del chiquillo, a quien quería como si fuera su propio hijo. — Ayudadme vosotros a buscarlo.

Juanito gozaba entre sus compañeros una fama bien merecida de buen amigo, y éstos se prestaron gustosos a llevar a Dan a los lugares que solían frecuentar en sus juegos.



#### IV

Algunas horas después, volvió Dan a su casa sin haber encontrado al niño y le dijo a Elena que esperaba impaciente su regreso :

— No le he encontrado por ninguna parte.

— ¡Pobre chico! ¡Tan simpático! Permítame usted, Dan, que le acompañe y le ayudaré a buscarle.

En el gimnasio Jim Williams, el padre de Juanito, se hallaba preparando los últimos detalles para el gran match, cuando se presentó uno de los empleados y le dijo :

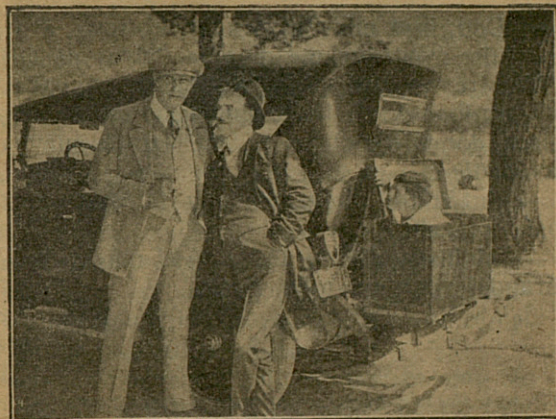
— Señor Williams, le llaman al teléfono.

Cogió éste el aparato y oyó a su hermano que le decía desde su casa :

— Juanito no ha aparecido en todo el día por casa. Temo le haya ocurrido una desgracia.

La pobre abuela, ante la desaparición de su adorado nieto, lloraba desconsoladamente, y cuando Jim llegó a su casa Dan lo llamó aparte y le dijo :

— Estoy temiendo que si al niño le ocurriera alguna desgracia, le costaría la vida a nuestra madre.



*Astuto como una ardilla se aposentó Juanito  
en la trasera del coche*

En aquel instante llamaron a la puerta y corrieron todos creyendo que era Juanito que llegaba, pero su asombro fué enorme cuando se presentó un sujeto con la gorra del muchacho y una carta que decía :

«Tenemos a Juanito en nuestro poder. Si quiere volver a verlo, déjese vencer en el quinto round mañana a la noche. Se trata de un negocio.»

— ¡Jamás he cometido un acto indigno! ¡Siempre he jugado limpio! ¡No puedo renegar de mi pasado! ¡Suceda lo que suceda, no prevaricaré! — exclamó Dan cuando terminó de leer la carta.

— Dan, hijo mío, salva a tu sobrino... y a tu madre; ¡porque me moriría detrás de él!

Mientras tanto, el pobre chico pugnaba por evadirse de su triste cautiverio, y su carcelero, dándole cachete, le amenazó de nuevo diciéndole :

— ¡Inténtalo nuevamente y te parto en dos el cráneo!

— ¡Mamarracho! — exclamó el muchacho, mirándole con un odio feroz.

\* \* \*

Una hora antes de comenzar el combate, librábase en el corazón de Dan una batalla más ruda que la que iba a reñir dentro del «ring», y en su casa su madre lloraba amargamente, mientras que Elena, que no se había separado de su lado, procuraba tranquilizarla diciéndole :

— No se aflija usted, señora; Juanito no tardará en volver a sus brazos sano y salvo. Tengo ese presentimiento y jamás me engañó mi corazón.

Pero, a pesar de estas palabras de consuelo, la señora Williams seguía en sus tristes lamentaciones.

El momento de la lucha se acercaba a pasos agigantados, y Dan se mostraba cada vez más pesimista respecto al resultado del combate. Sus amigos sabían la causa del abati-

miento del pobre boxeador, y le dijeron para animarlo :

— Dan, usted siempre ha dicho que se necesita más valor para dejarse vencer que para obtener el triunfo. ¡Esta es la mejor ocasión de poner en práctica sus palabras!

Hasta ellos llegaba el ruido producido por una inmensa multitud que había llenado el anchuroso estadio, ansiosa de infundir ánimos a Dan, que era su ídolo, para que obtuviese el triunfo que había de ponerlo en condiciones de optar al campeonato.

Como una víbora que se desliza por las matas, así Lawson iba corriendo de un lado para otro, diciendo a todo el mundo :

— Jueguen sin recelo a favor de Hogan, que Williams será vencido en el quinto round.

Dan, preparado para salir, pensaba en el terrible dilema que se le presentaba. ¿Haría traición a sus admiradores que habían depositado en él su fe, o abandonaría a su infeliz sobrino a la venganza de sus secuestradores?

Y entre la expectación de aquella muchedumbre, dió comienzo, por fin, el primer «round».

Dan no hacía más que defenderse sin atreverse a tacar a su adversario, indeciso todavía entre salvar a su sobrino o vencer en el combate. Sus admiradores gritaban desde sus puestos indicándole los golpes, y su hermano, que comprendía el sufrimiento que en aquel instante pasaba Dan, le dijo :

— No te dejes vencer, pase lo que pase.

En medio de una expectación general terminó el primer «round», sin que nadie pudiera prever cuál sería el resultado de aquel match que empezaba a resultar más interesante de lo que se creyó en un principio.



## V

Los amigos de Juanito no cesaban en su busca, y después de haber recorrido casi toda la población, llegaron al campo de Hogau donde habían dejado encerrado al chico.

Por una de las rejas vieron a su infortunado amigo, e iban a prorrumpir en gritos de alegría, cuando Juanito les hizo señas de que se callaran a la vez que les decía :

— ¡Silencio ; no hagáis ruido que vais a comprometerme ! ¡Es preciso que ideéis un medio para arrancar uno de estos barrotes y que pueda salir sin que se dé cuenta el canalla que me vigila !

Y aquí fué de la sutileza infantil. Frente a la ventana había un coche parado y los muchachos aprovechando una gruesa marmora que había en el suelo, la ataron al coche y a uno de los barrotes.

Al arrancar el vehículo dió un fuerte tirón de la cuerda y el hierro de la ventana salió de su sitio sin producir el menor ruido.

Tan pronto como salió Juanito de su encierro corrió a su casa, devolviendo con su

presencia la tranquilidad al afligido ánimo de su abuelita.

— ¿Qué hora es? — preguntó el chico separándose del abrazo en que lo tenía apasionado la señora Williams.

— Las nueve y media! — repuso Elena, consultando su rico reloj de pulsera.

— Las nueve y media! — exclamó el muchacho. — ¡Caramba! ¡Ya habrá empezado el match! ¡A que voy a llegar tarde!

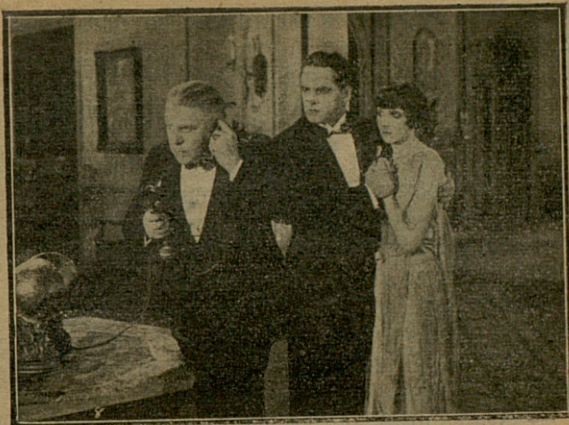
Elena comprendió que la presencia de Juanito en el ring era uno de los motivos más eficaces para que Dan resultara vencedor en el combate, y su amor por aquel hombre, a quien desde hacía tiempo adoraba en secreto, la hizo adoptar una resolución enérgica.

Cogió el sombrero que había dejado sobre una mesa, y dirigiéndose a Juanito, le dijo : No te apures que abajo está mi coche, y acelerando algo la marcha aun podremos llegar a tiempo.

Juanito no se hizo repetir otra vez la proposición, y de un salto montó sobre el automóvil y momentos después se dirigían a toda marcha hacia el lugar donde se celebraba el match, que iba ya por el cuarto «round».

Dan parecía completamente acabado y su contrario hacía de él lo que quería. Parecía un gato que se distraía con el ratón antes de matarlo.

Jim sufría horriblemente al pensar en las consecuencias que podría tener en la carrera



*Juanito no ha aparecido en todo el día por casa.  
Temo le haya ocurrido una desgracia*

de su hermano un fracaso como aquel, y continuamente le animaba, hasta que, por fin, le dijo :

— ¡Dan, no consientas que te venzan. Pon un poco más de energía y el triunfo es tuyo!

— No tengas cuidado, hermano — contestó éste en los minutos de descanso entre el cuarto y quinto «round». — Yo te prometo que dejaré bien sentado nuestro pabellón.

Llegó, por fin, el funesto quinto «round». En él se jugaba Dan o bien su título de campeón, o la libertad del pequeño que tanto quería.

Procuró sostener a su adversario para que le llevase demasiados puntos de ventaja, pero así y todo no pudo impedir que le propinase un tremendo puñetazo que lo hizo vacilar sobre la cuerda.

Todos los espectadores estaban de acuerdo de que a pesar de sus presentimientos, el triunfo era para Hogan, por más que ellos, con sus gritos, procuraban infundir ánimos a su ídolo.

Cuando ya estaba próximo a terminar aquel «round», se presentó Juanito corriendo, y su padre, al verlo, lo cogió en brazos y le gritó a su hermano :

— ¡Dan, mira quién está aquí!

Volvió éste la cabeza y al ver a su sobrino sintió renacer en él la energía que tanto había entusiasmado en otros encuentros a sus compatriotas y atacando como un león enjaulado arrojó a su adversario, que empezó a huir de sus golpes vergonzosamente.

Los mismos que antes habían dudado de su triunfo, sintieron renacer de nuevo sus esperanzas y el griterío era cada vez mayor.

Los golpes menudeaban cada vez y Hogan incapaz de resistir la embestida de su rival, que atacaba con una furia extraordinaria, buscó algunos golpes prohibidos para deshacerse de cualquier forma de su adversario.

El público se dió cuenta de ello y se originó entonces una bronca formidable.



*Dan no cesaba en su acometida, hasta que por fin acertó uno de sus formidables golpes*

Dan no cesaba en su acometida, hasta que, por fin, acertó uno de sus formidables golpes y dejó en tierra sin sentido a su contrario.

\* \* \*

El triunfo de Dan fué completo ; había logrado el título ansiado y con él el premio que le permitía trasladar a su madre a otro clima donde podría recobrar la salud que tanta falta le hacía.

Juanito fué el primero en correr a su casa para llevar la buena noticia diciéndole a su abuela :

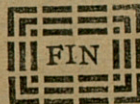
— Abuelita, el tío Dan ha ganado. Lo ha dejado al otro canalla hecho papillas.

Dan Williams, cuando llegó a su casa, se acercó a Elena, y llevándosela a la habitación inmediata, lejos de toda mirada indiscreta, le preguntó :

— Elena : ya ha pasado el momento de la lucha. ¿Me permite usted que le haga la pregunta que quería hacerle?

Y la respuesta fué bien clara y expresiva ; la muchacha se arrojó a los brazos del hombre amado y le ofreció sus labios, donde el enamorado atleta estampó un beso de infinita pasión, que era para él la recompensa más preciada de la jornada de aquel día, que em-

pezó con augurios de desgracia y que había terminado con la mayor ventura que le podría brindar el destino.



**1 0 0 0**

**DIRECCIONES DE ARTISTAS  
CINEMATOGRAFICOS**

Conocedores de la utilidad  
que ha de tener un libro con  
las direcciones de los princi-  
pales artistas de la pantalla  
y casas productoras, nos  
hemos decidido a publicar  
el tomo que ofrecemos  
a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro  
**UNA PESETA**

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS  
CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad  
que ha de tener un libro con  
las direcciones de los princi-  
pales artistas de la pantalla  
y casas productoras, nos  
hemos decidido a publicar  
el tomo que ofrecemos  
a nuestros lectores



UNA BETA  
Precio de este interesante libro

---

# BIBLIOTECA TRÉBOL

---

## TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

1. El último varón sobre la tierra, por E. Foxe.
2. El poder del que es honrado, por William Desmond.
3. Vivir de milagro, por Bebe Daniels.
4. Hombres en bruto, por Jack Hoxie.
5. El tributo del mar, por Anna May Wong.
6. Enamorada del amor, por M. de la Motte.
7. La dama pintada, por George O'Brien y D. Macaill.
8. La marca de la vanidad, por Billie Dove.
9. Con la espada al cinto, por Martha Mastfield.
10. Las hijas de la noche, por Orville Caldwell.
11. El Terco, por Tom Mix y Doris May.
12. Nuestras esposas, por Dorothy Phillips.
13. Idilio accidentado, por Wanda Hawley.
14. Por llevar la contraria, por Charles Jones.
15. Wing Toy, por Shirley Mason.
16. El rey del lazo, por Charles Jones.
17. Casado de paso, por Edmund Lowe.
18. El Temerario, por Reed Howes.
19. Por otra mujer, por Kenneth Harlan.
20. El exprés de media noche, por William Haines.
21. El novio de Ultramar, por Shirley Mason.
22. ¡Adelante, Malacara!, por Tom Mix.
23. El niño prodigio, por Charles Ray.
24. Como aquella mujer, por Ricardo Cortez.
25. Cambio de identidad, por Jack Hoxie.
26. Maciste y su sobrino, por B. Pagano.
27. Por la senda del bien, por Cayena.
28. Creando un hogar, por Alice Joyce.
29. Oro y plomo, por Charles Jones.
30. Entre dos amores, por Hoob Gibson.

**PRECIO: 25 CÉNTIMOS**

---